

EL LOBO EN EL ESPEJO

Mi padre me impuso el nombre de Francisco, como el santo; y como el santo, he seguido las huellas leves que dejan en la tierra los pasos de Dios, las he seguido con cuidado y en silencio, como un cazador, dedicado a la búsqueda de la luz del Cielo y un lugar entre los ángeles. Quizá por esto soy también cazador de bestias, primer montero de Luis XV (que Dios guarde) y, según cuentan, el mejor del reino. Pero no atiendo a alabanzas; cazar es mi oficio, aunque la única presa que en verdad ansío, la mas dulce y luminosa, no haga mas que eludirme, dejando sólo que atisbe retazos de la inmensa luz que irradia, y esto muy de tarde en tarde. Pero para atrapar esa Luz no bastan las mañas del mejor cazador.

¡La Bestia ha vuelto a matar! gritan, y los padres temerosos de Dios encierran a sus hijos bajo siete llaves. Pero el pasto crece sin que sirva de alimento al ganado, que muge de hambre y no da leche ni carne. Alguien decide al fin que una muerte no puede detener los giros del mundo, y sale al campo a pastorear o, si es cobarde, envía a otro que haga por él la tarea. Y entonces, el grito se repite: *¡La Bestia ha vuelto a matar!*... una doncella destripada que yace blanca y cubierta de sangre y flores, el cadáver de un mozo con la cara tan comida que no lo reconoce ni su propio padre, quizá una albarca tirada en el prado, calzada aun por un pié al que le falta el resto del cuerpo. Que mas da. El cura, encaramado en el púlpito como un cuervo, alza las manos al cielo y, ante el silencio del Altísimo, grita que bien merecido lo tenéis, pecadores, que la bestia es un castigo que os manda el Cielo porque no rezáis cada día como está mandado, porque os

tiráis a la mujer del vecino y porque blasfemáis en la taberna. Entonces, se obra el milagro entre las gentes, y todos se vuelven sinceros, y se arrepienten, y salen de la iglesia cabizbajos, pero contentos, porque al fin han encontrado una razón que explique su desgracia. Y aun así, se avergüenzan en lo mas íntimo, porque no pueden aventar un pensamiento que a veces les cruza sin querer la mente: “*mejor el otro que yo*”. Y no pueden dejar de pensar con alivio que, si muere alguien mas por la cólera del Señor, será la hija de Fulano, porque aunque nosotros seamos pecadores, Fulano lo es mas, porque Fulano es un avaro y un borracho, y además se caga en Dios a voces cuando arrea la mula cuesta arriba; y por todo esto se merece que le maten a la hija, o al menos se lo merece mas que nosotros. *Podemos estar tranquilos, piensan, que Fulano será el próximo*. Creen que por encontrarle causa al horror, este desaparecerá. Necios.

La noticia ya corre por París: me han contado acerca de un extraño animal o demonio que asola una olvidada región de Auvernia. “La Bestia”, como han dado en llamarla, tiene ya en su haber mas de ciento treinta asesinatos en menos de tres años, sin que las muchas batidas que se han organizado para cazarla hayan dado resultado. Sin duda es el propio Demonio quien hoya esas tierras, o quizá sea un castigo de Dios, aunque no entiendo que Su mano firme caiga sobre esta pobre región de vaqueros y campesinos, siendo París la verdadera urbe del vicio. Tanto da: mi señor el Rey no tolera que nadie ni nada escape a su jurisdicción, puesto que Él es Ley y Estado, y representante de la voluntad de Dios en la tierra, al menos en la de Francia. Y está decidido que la tal bestia ha superado, en número y forma, las muertes que le están permitidas cometer a un animal cualquiera, tal y como fue creado por Dios nuestro señor. Pues que un lobo mate una o dos personas no va contra la naturaleza del lobo. Pero esa bestia ha matado mucho y con crueldad nunca vista, mas que lo que su naturaleza le exige, de ahí su ofensa a

Dios y al Rey. Me ha sido encargada su caza, y mañana partiré a Gevaudan como primer montero y heraldo de la voluntad real. Pasaré la noche en oración, a la espera de que Dios me de fuerzas para afrontar esta tarea ingente. Creo, aunque peque de soberbia, que mi triunfo será el triunfo de los designios de Dios.

¿Cuántas expediciones de caza han fracasado desde que la Bestia habita entre nosotros? ¿Acaso cinco? ¿Siete? Ciertos aldeanos dicen haber visto de lejos a la Bestia en alguna de sus matanzas. Algunos dicen que es grande, mas que un oso, otros que no, que como el lobo; los hay que juran que anda a dos patas, los demás, que corre veloz sobre cuatro; unos dicen que es pelona, otros que muy peluda, de color rojo, o negro, o pardo, según quien lo cuente. Que es un lobo, un oso, un simio, un tigre, o todos a la vez, una quimera espantosa, indescriptible. Todos dicen cosas distintas, y todos quieren tener razón aun en un asunto tan tétrico. Pero hay algo en lo que todos están de acuerdo: la Bestia es una bestia, y nada mas que eso. No serán capaces de imaginar, ni por un momento, la posibilidad de que la Bestia *sea uno de ellos*, que haya vivido a su lado, reído de los mismos chistes, compartido la misma jarra de vino frente a la lumbre. Nunca juzgarán que esto sea posible, porque tienen miedo de verse reflejados en aquello que aborrecen. Así, la Bestia debe ser algo tan ajeno al Hombre como las estrellas distantes o los extraños peces de las profundidades, a los que nadie ha visto. No debe ser en nada similar al ser humano, para que, al presenciar una de sus horribles carnicerías, las buenas gentes puedan decir bien alto “*nosotros nunca haríamos algo así*”.

Cuando entré en el pueblo de Geauvadan, y para mi vergüenza, fue como si en domingo de ramos Cristo entrara de nuevo en Jerusalén, tan desbocada era la esperanza de aquellas gentes, tanto su festejo al ver al que creían su salvador. *Gentes mezquinas todos vosotros*, pensé, *que adoráis a la espada y olvidáis al guerrero que la maneja*. Al cabo, fui conducido hasta un pequeño palacio donde me esperaban los nobles provincianos, que embutidos en sus mejores galas, ensayaban con gesto grave sus más elaboradas reverencias. Creo que se sorprendieron al ver que el montero del rey llegaba con apenas escolta y vestido con las humildes ropas de un cazador cualquiera. Aquellos nobles de provincias dieron mil y una gracias al cielo, e hicieron interminables votos de perpetua salud y larga vida a nuestro señor el Rey. Pasamos a las explicaciones, y daban paseos de un lado a otro de la sala, inflados como pavos y abriendo y cerrando los brazos de tal manera que parecían cómicos de baja categoría. Aquellos soberbios consideraban mi presencia como una atención directa del Rey hacia sus personas, y quizá alguno llegó a creer que tal acontecimiento justificaba en algo tantas muertes y asesinatos, que *algo bueno* había de salir de todo este asunto de la Bestia. Después de escuchar todo tipo de explicaciones absurdas acerca de las costumbres y apariencia de la Bestia, decidí retirarme a descansar. Para consternación de los hidalgos, rechacé el lecho de pluma que con grandes gestos me ofrecían, y me hospedé en un convento cercano.

Nace, llora, aprende, escucha consejos, no los sigas, yerra, pelea, triunfa, ama (o finge que amas), trabaja, sufre, duda, hazte viejo. Y si aun te resta tiempo, empléalo en meditar sobre aquello que no pudiste hacer y que ahora ya no importa. Luego muérete y procura hacerlo sin gloria, pero tampoco con pena. No permanezcas demasiado presente

en la memoria de tus hijos, no sea que acaben aprendiendo de tus errores. Vive una vida sin vida, gris en el polvo gris que hay entre el cielo y el infierno. Luego, desaparece. Esto es lo que me dijeron al nacer, y bien se que sólo los santos y los demonios perviven en los libros de historia. El santo se abandona a la contemplación extática de su Idea, como si presenciara obnubilado una danza sin fin. En ese momento, cuando al fin trasciende las leyes de los hombres, se hace libre y fuerte, olvida la incertidumbre, olvida que una vez fue humano. Ya ha llegado al pueblo el cazador del rey, y según se dice, trae fama de santidad. Veremos si es cierto. Parece que la Bestia ya es famosa, y los mediocres que se tocan con corona han enviado a un santo para combatir al demonio. La hora está próxima.

En los conventos los catres son fríos y duros. Lo prefiero a un lecho de plumas, pues el dolor de huesos me ayuda a recordar que mi alma existe como algo ajeno a mi cuerpo, pobre envoltura caduca a la que un día ha de cubrir la tierra. Pienso en el cadáver que me mostraron esta mañana: era una niña, y la Bestia le había comido medio cuerpo; un único ojo me miraba desde su cara destrozada. Quiero borrar esa mirada de mis recuerdos, esa mirada azul e inocente por la que aun me estremezco de asco y compasión. Por el ventanuco sin vidrios entra una brisa helada que acaricia mi cuerpo desnudo mientras me arrodillo a rezar en el suelo de piedra. *Padre nuestro, que estás en los cielos, perdona nuestros pecados y no permitas que el demonio siga azotando estas tierras, pongo mi vida en tus manos, yo soy tu espada fiel, haz de mi tu instrumento.* Y mientras pongo mi alma en comunión con Dios, mientras intento encontrarle a El en esta cacería interminable en la que he empleado toda mi vida, siento como, poco a poco,

la paz de Jesús entra por todos mis poros. Y, por un momento, vislumbro un destello, un aroma, un aliento, una sombra de aquello que busco con tanto afán. Luego, desaparece tan levemente como vino, y entonces se que mañana iré en busca de la Bestia, solo, pues es la mano del Señor la que me guía y cubre de todo mal. Soy un hombre dichoso, porque me ha sido dado ver la sombra de Dios, y ya no necesito mas, ya nada importa, ya nada espero, ya no creo en la muerte, ya soy libre. El cadáver de la niña me mira desde la ventana, su boca destrozada sonrío, sus labios susurran *venganza*.

Pero también hay quien mata para encontrar la liberación. La sangre que corre, los chillidos, los ojos fuera de órbita, los huesos tronzados, la crueldad con que la Bestia escarba en el cuerpo aun palpitante de su víctima. Es como una elevación inversa, el caer en el lodo de los antros mas bajos, la oscuridad y el barro donde los reptiles se arrastran en silencio, donde ya nada importa sino la furia desbocada y el miedo que todo lo llena, donde es posible escapar al sufrimiento de la incertidumbre porque el destino está ya escrito por nuestros propios actos, donde podemos rendirnos al dulce abandono de continuar sin tregua con actos horribos que ya no tienen remedio ni perdón, donde no existe la necesidad de penitencia porque no hay esperanza de redimirse. En este estado, la Bestia se abandona a sus pasiones asesinas porque ya no se reprime, no añora, no espera, igual que un dios o igual que un santo que ignora las leyes de los hombres. Y así, se erige rey en su mundo de dolor y muerte; y como rey, no responde ante nadie, como rey es, por fin, libre.

Aun no ha amanecido, y ya me encamino en pos de la Bestia. Se me ha revelado a través de un sueño el lugar en que se encuentra mi enemigo; también, que debo ir solo: ni un millar de guerreros podrían protegerme si Dios no está a mi lado. Visto mis ropas pardas, compruebo que el mosquete está a punto, salgo del convento mientras todos duermen. Camino durante unas dos horas, hasta que veo en la distancia una figura enhiesta en lo alto de una loma verde, y entonces se que es la Bestia, que me espera. Es peluda, de color pardo, y tiene grandes garras, viva imagen del Demonio. Me arrodillo y digo en silencio una oración para agradecer a Dios la pequeña parte que en sus inmensos planes me ha correspondido ejecutar. Veo entonces que la Bestia echa a correr y viene a mi entre grandes aullidos.

En realidad, yo soy así porque soy un cobarde. No pude soportar el sufrimiento y la incertidumbre que hay en ser mediocre; corté los lazos que me ataban a mi vida anterior, y caí en el abismo. Desde entonces mi vida ha sido destrucción y muerte, una matanza interminable. Se alzarán muchas voces que dirán que estoy loco, que no soy un ser humano y, según el rasero por el que los hombres se miden entre ellos, esto será verdad. ¡Ah! Pero hay uno que está mas loco que yo, ya le veo, allá a lo lejos, cruzando los prados en la luz de la mañana. Viene solo, como corresponde a un tarado que no conoce el miedo o a un ángel de salvación o de venganza. Ven, hermano, ven, hace tiempo que te espero. Yo soy la culminación de tu búsqueda, yo soy quien da sentido a tu existencia... igual que yo no puedo ser sin ti, pues ¿qué sería del santo sin el demonio, qué del sol sin la tormenta, qué del odio si no hubiera amor con que hacerle frente? Ven, verdugo mío, ven, llévame de la mano hacia la historia y la perduración.

No tengo que mirar atrás para saber que Jesús está a mi lado: siento como Su mano se posa sobre mi hombro. Colmado de una paz beatífica, cebo el arma, apunto con cuidado y disparo. La Bestia cae rugiendo y rueda ladera abajo, levantando una nube de polvo..

Ya está cerca, ya me ha visto, ya su rodilla toca la tierra, ya encara el fusil. Eleva una oración a los cielos, como hacen los santos antes de matar, y apunta con la calma de quien no tiene miedo y se sabe elegido de Dios. Corro hacia él mientras grito como el animal que soy. Un estampido lejano, una nube de humo, y ya siento como la bala me abre el pecho y toca el corazón como un dedo ardiente. Luego, sobreviene la oscuridad y el círculo se cierra.

Me acerco al cuerpo derrumbado, y me asombro por su pequeño tamaño. Entonces veo sus largas barbas, el rostro sucio mas allá de toda medida, las pieles con que cubre el cuerpo flaco, los ojos salvajes que me miran sin ver. La sangrienta y terrible Bestia del Gévaudan era un hombre, nada mas que un hombre. Una tristeza profunda y cansada que no se explicar cubre mi alma como si fuera un manto.

FIN